

HEMEROTECA
F. MERINO SANCHEZ

DESPUES del éxito de su «Cambó», editado en 1952, Jesús Pabón ha dejado pasar unos quince años antes de completar su obra, que ha deseado exhaustiva. Quince años importantes de la historia de España y la general del mundo. Acabada, la biografía del político y hombre representativo catalán ocupa tres gruesos libros, cada uno de los cuales sobrepasa las quinientas páginas, comprendiendo el primero (1952) desde el año 1876, en que nació el protagonista de la biografía, a 1918. La segunda parte, la actual, abarca desde aquella fecha última hasta 1930 y de 1930 hasta el 1947, en que muere Cambó en el exilio, en el Buenos Aires de Perón. Por la abundancia de comentarios, informaciones, textos y documentos y el gran horizonte que abarca, la obra, sin exageración ni parcialidad, puede ser calificada de verdaderamente monumental. De ahora en adelante, cuantos traten de Cambó y de la historia, tan interesante, del catalanismo político, doble fenómeno catalán específicamente y generalizado español, deberán tener en cuenta y referirse o dialogar con el «Cambó» de Jesús Pabón.

El hecho de no ser catalán el autor (muy atento y documentado por lo que hace a las cosas de Cataluña) añade, creemos, interés y relieve a la obra, alejándola de muchos peligros sentimentales (caer en la hagiografía o, a su contrario, la «reventada»). Sin darnos cuenta, nosotros los catalanes, como toda sociedad humana en determinadas circunstancias, somos muy dados a fabricar y adoptar encarnizadamente «imágenes d'Épinal», que dicen los franceses de aquellos personajes que debían ser tratados con más rigor histórico; pero que algo nos prohíbe hacerlo, algo a nivel sentimental y popular, algo de maniqueísmo que se respira y se masca y hasta en ocasiones se hace tangible. Sin duda, en ocasiones, ese romanticismo, por llamarlo así, es una fuerza. Pero, pasada la ocasión, se convierte en una debilidad que juega contra los que especularon excesivamente sobre el corazón, olvidando el cerebro y la razón y, en definitiva, la humilde y todopoderosa verdad, que es la mar que se traga a todos los ríos, grandes y pequeños, de la vida humana.

Cambó, se ve claramente en este libro, ha sido una personalidad compleja. Fue el «leader» de la Lliga, que por más de un decenio acaparó toda la política hecha en serio en Cataluña, y fue considerado por los catalanes, hablando en general, como el Verbo de su Evangelio. Tuvo sus enemigos, y sopesando los suyos y los contrarios, se llegaría a conclusiones que nos llevarían lejos de nuestro propósito, que en esta ocasión es más modesto y concreto, por lo que las hemos de dejar de lado. La actuación catalanista de Cambó ocupó en un momento dado los campos de la política de una Cataluña que trabajaba esforzadamente por llevar a la práctica ideas y criterios que databan de los tres últimos tercios del siglo XIX —y, apurándolo mucho, que, sin intención política y si con visión económica, habían sido los de la famosa Junta de Comercio barcelonesa ya en la segunda mitad del XVIII, cuyas luchas solapadas, por puestas en olvido, no son menos ciertas—. Cambó se entregó a la tarea, echándole mucha inteligencia a la labor, como puede comprobarse por sus propios escritos y a través del «Diario» de las Cortes españolas de aquellas fechas.

Pero también, y en no menor grado, Cambó se interesó, mejor dicho, se apasionó por la política general española y los problemas todos de toda España. Batalló por separarla del usual verbalismo huero, que fue el defecto de la Restauración y que era fruto de nostálgicos inmovilismos de históricas apatías. En esa posición suya, por la tenía que coincidir con Maura, el de la

«revolución desde arriba». Y, en efecto, gozó de las simpatías y hasta muchas veces de la colaboración con el gran mallorquín, por mucho que éste fuese centralista y adquirido plenamente a un «castellanismo» de raíz más bien erudita y literaria, que se caracterizó a fines del siglo pasado y comienzos del actual porque los que comulgaban en él no eran precisamente hijos de ninguna de las dos Castillas, sino periféricos como Unamuno, Azorín, Machado, Giner de los Ríos, etc. Juan Ramón Jiménez, que siempre se consideró andaluz, habla en uno de sus artículos del curioso fenómeno, al que contribuyó mucho, sin duda, por jacobinismo, la Institución Libre de la Enseñanza, que veía en todos los movimientos autonomistas españoles otras tantas fortalezas y conventículos de la reacción. Maura, aunque de derechas, sentía fuertemente lo hegemónico de Castilla, sentimental e intelectualmente.

El drama de Cambó se lo definió certeramente don Niceto Alcalá Zamora, en el curso de los famosos debates sobre el proyecto de autonomía, que se celebraron en diciembre de 1918, y que fueron el canto del cisne de la Lliga de entonces (nadie se dio cuenta de ello, de momento). En la sesión del día 10 de aquellos mes y año, Alcalá Zamora, político liberal, monárquico ferviente y orador fabuloso, dijo a Cambó: «Autonomía y hegemonía son dos cosas absolutamente incompatibles... No se puede ser a la vez Bolívar en Cataluña y Bismarck en España». Y era una verdad como un templo, por lo menos entonces.

Claro que la historia, esa grave matrona de las alegorías, es mucho más bromista que lo que deja suponer su majestuosa presencia. No habían pasado tres lustros cuando el mismo don Niceto Alcalá Zamora, bañado en las aguas del Jordán republicano durante la Dictadura del general Primo de Rivera, quien tuvo la virtud de hacer de liquidador de la Monarquía de don Alfonso XIII, proponiéndose exactamente lo contrario, y revestido del carácter de presidente de la II República española, se trasladaría solemne y oficialmente a San Sebastián para firmar allí, donde había tenido lugar el célebre Pacto antimonárquico, nada menos que el Estatuto de Cataluña (15 de septiembre de 1932). En Cataluña, el hombre era entonces don Francisco Maciá, convertido también al izquierdismo por la irrefutable y carambolesca lógica de los hechos.

Pero, entonces, en 1918, lo que a Cambó le dijo Alcalá Zamora era la pura evidencia. Cambó, hasta los tiempos de la II República, fue, junto con otro fracasado genial, Antonio Maura, un gran político indiscutido, alejado de los ritmos usuales de la rotación del poder entre los diversos partidos que se disputan el puesto. Cuando no se les necesita, se les desconoce y olvida. Pero se les implora por los mismos que los mantienen alejados del juego activo de la política, siempre que estos últimos, por sus pecados, se ven con el agua hasta el cuello. Ni Maura ni Cambó pudieron jamás imponer sus puntos de vista y, en cambio, jugaron varias veces a los grandes taumaturgos del país y del régimen de Alfonso XIII. Señaladamente Cambó no logró nunca hacer admitir sus ideas más caras a su alma. Y era lógico, ya que una hegemonía catalana (entonces parecía que se podía pensar en ella) era a la Administración central más odiosa aún que el viejo particularismo de los autores del Memorial de Agravios o de las Bases de Manresa. Eso, aparte de factores sentimentales, a nivel de alma popular —que hasta los más encumbrados, todos llevamos dentro—. Esta posición que comentamos inspiraba, por ejemplo, el célebre, en sus días, artículo del «ABC» madrileño «Hermanos o

separados» (cito el título de memoria; pero el sentido, caso de haber error, es exacto), donde el sentido de la fraternidad era entendido en el del «aquí no pasa nada» y expuesto con claridad meridiana, rayana en candor. No, Cambó, en 1918, se había metido en imposibles.

El político catalán, cuya vocación entrañable fue siempre el ser hombre de gobierno y que poseía un sentimiento innato y respetuoso de lo que es y que representa la autoridad, se vio condenado toda su vida a permanecer en la oposición, en la que brillaron sus dotes incomparables de polemista y la preparación extraordinaria que tenía para todos los asuntos que abordaba. (Digamos, de pasada, que exceptuando a don Juan Prim, que era militar y que no tardó en ser asesinado por una coalición de conspiradores, ningún catalán ha sido presidente del Consejo de Ministros en España, a pesar de la innegable fuerza económica y hasta política que ha tenido Cataluña dentro de España, con la influencia consiguiente.)

Sólo, con motivo de la caída de Primo de Rivera, en 1930, Cambó estuvo a pique de formar Gobierno. Maura ya no existía, y se invocó a Cambó, como se invoca a santa Rita o a un gran especialista de fama internacional, en casos desesperados. Esta vez reinaba en toda España, tanto como en Cataluña, la convicción de que «Cambó lo iba a resolver todo», y es sabido el gran poder que tiene la sugestión en las cosas de la política, cuyas leyes no son como las de la matemática o la física, sino que son susceptibles de modificarse por la fuerza de las convicciones y de los sentimientos. Pero esta vez intervino el azar de una manera aciaga. Cambó tuvo que sufrir y superar un cáncer de las cuerdas bucales, que de una manera aparatosa estalló en el mismo tren que le llevaba de París a Barcelona el día de la dimisión del dictador. Los hechos, evidentemente, tomaron otro rumbo del que hubieran tomado. ¿Pudo haber salvado la Monarquía Cambó? Tan difícil es responder a esa pregunta como a la de qué habría ocurrido en la España de 1870, si el 27 de diciembre de aquel año Prim hubiese escapado al atentado de la calle del Turco. La historia positiva, la única verdadera, está construida en gran parte sobre fatalidades.

Cambó mismo, cuando todo ya pertenecía al pasado, Monarquía y República, reflexionó repetidas veces sobre el caso fatal y dejó en la memoria de sus oyentes y por escrito el fruto de sus reflexiones. En el caso de no haberse producido la grave enfermedad, pensaba —escribe Pabón— que sólo una actuación rapidísima y una energía muy grande podían presidir el trance. Era preciso un temperamento político, con capacidad de gobernante y experiencia de revolucionario. Aquella fue su hora; la tarea a realizar, su tarea; para ella le había dotado Dios; para ella se había preparado durante tantos años. Pero Dios quiso que aquella hora —que hubiese bastado para justificar su vida— coincidiese con la aparición súbita de un impedimento inexorable.

Cambó se hizo la obligada pregunta: «¿Qué habría pasado si yo hubiese podido tomar el Gobierno efectivo de España a la caída de Primo de Rivera?».

Y respondía con sinceridad: «Difícil es hacer profecías. Pero una cosa puede decirse con certeza: que no hubiera pasado lo que pasó o como pasó, porque yo era exactamente todo lo contrario del general Berenguer y del almirante Aznar».